

La Revolución Social y sus Obstáculos

GONZALO OJEDA URZUA

En este trabajo abordaremos el problema de los obstáculos con que tropieza toda revolución en la obtención de sus metas, aunque primeramente diremos algo de lo que entendemos por revolución.

Características de la Revolución Social.

Una revolución es un proceso de transformación total de las estructuras sociales, económicas y políticas de una nación, en un plazo relativamente corto. Este proceso no es reducible a metas puramente cuantitativas, de tipo económico, sino que abarca todas las estructuras sociales, los valores, motivaciones y actitudes. Incluye un cambio en los fines de la sociedad y en los medios para realizarlos. La revolución implica un dinamismo que supera enormemente al cambio lento que opera ineludiblemente en toda sociedad. Es esa aceleración del ritmo lo que la diferencia de la evolución normal. Desde otro punto de vista, puede verse como una gran cantidad de energía humana, que desborda las estructuras vigentes, inadecuadas para contenerlas. Por esto último es que toda revolución implica cierto caos, un desorden aparente. Este caos manifiesta el derrumbe de lo viejo y el surgimiento de lo nuevo; este cambio no es fácil ni fluido porque las revoluciones operan bruscamente, y exigen readecuaciones a grupos e individuos, que no

siempre están aptos o dispuestos a hacerlo.

Todo este proceso dinámico que altera todos los órdenes de la vida social de un pueblo, hay que verlo no sólo en relación con las metas propuestas, sino con los medios o métodos a los que su realización se haya ligada. La distinción entre fines y medios en todo caso hay que verla como una categorización intelectual, útil para el análisis, pero en la realidad empírica la diferencia no es tan clara, los dos elementos están muy mezclados. Los medios en cierto modo son la anticipación de los fines, su iniciación. Y no son totalmente neutros respecto de las metas.

Ahora bien, la revolución no es un fenómeno intelectual aunque requiere de una conceptualización y visión teórica. Es un proceso global, que arrastra al hombre entero. Sus sujetos son hombres y actúan con medios humanos, y se mueven por motivaciones imperfectas, en que no siempre se distingue claramente el amor del odio, el idealismo del sectarismo, etc. La revolución, como todo proceso social, enfrenta directamente a hombres con hombres. No se trata de una lucha entre ángeles, sino entre hombres, por lo tanto no puede esperarse una relación inmaculada entre ellos.

Cuando se habla de revolución, los militantes tienden a situar los principales obstáculos de ella en el frente formalmente enemigo, en los contrarrevolu-

cionarios. Así, se dirá que el principal enemigo es la burguesía, o los Partidos de Derecha, o ciertos caudillos o dictadores, o el Imperialismo, etc. Y el remedio que propondrán frente a tales enemigos, probablemente consistirá en algún tipo de coerción, más o menos acentuada según la fuerza del enemigo. A pesar de la importancia que pueden tener estos factores externos en el desarrollo del proceso revolucionario, no nos referiremos a ellos en este trabajo, sino a un aspecto más descuidado y que implica dificultades más complejas y difíciles de resolver.

Nos referiremos a los obstáculos inherentes al proceso mismo del cambio, tanto en el sujeto colectivo, la masa, como en sus dirigentes. Una vez que la comunidad mayoritariamente acepta el cambio, el enemigo externo continúa amenazando la revolución, pero con mucho menos peligrosidad, por el contrario se puede incluso decir que cumple una función positiva como factor determinante de la cohesión interna de la comunidad revolucionaria.

Sin embargo, no basta que la comunidad acepte, apoye y quiera la revolución, para que el camino quede totalmente abierto. Un proceso revolucionario, cuando comienza a operar de lleno en su fase más constructiva, exige muchos sacrificios. Exige el despliegue de todas las energías que yacían latentes en la comunidad. Esta movilización acelerada de energías implica un cierto grado de heroísmo colectivo e individual, que como tal sólo puede ser transitorio.

La palabra revolución es de aquellas cuyo uso excesivo e inadecuado desgasta rápidamente. En nuestra América, si nos guiáramos por lo que dice la pre-

sa, habría revoluciones todos los meses. Para algunos cualquier asonada, golpe de estado o violencia callejera es ya una revolución o su preparación. Para otros cualquier cambio de gobierno por la fuerza, militar o de otro tipo, basta para calificar de revolucionario al nuevo gobierno. En otras partes todos son revolucionarios, los izquierdistas, los derechistas, los de centro; todos se atribuyen la virtud de ser los más revolucionarios; algunos parece que midieran esta virtud por la mayor o menor violencia verbal o sectarismo que expresan.

Sin embargo, para muchos, la revolución continúa siendo una idea cargada de esperanza, de pasión humana, de idealismo ético, de reencuentro con el hombre y su verdad.

La revolución no es asunto puramente político. Toma lo político, lo social y económico, lo trastorna, desborda y carga de contenido universal. Por eso es explicable que las verdaderas revoluciones supriman las barreras tradicionales entre la actividad política y las otras. Porque no es obra de políticos profesionales, ni es una nueva "fórmula política", que puede ser administrada por tal o cual equipo de gobierno. La revolución surge inicial y aparentemente como un caos que reorienta toda la actividad humana, el arte, la ciencia, la vida intelectual, lo económico, político y social, todo es removido, vitalizado o derrumbado por esa energía especial que llamamos revolución. La revolución toca las fibras más profundas del alma. Llama al hombre en cuanto ser que busca la justicia, la verdad, la libertad. Ape-la siempre a la esperanza más que a la seguridad.

En medio del escepticismo, la corrupción, la debilidad, la revolución es un grito de fuerza y optimismo. Los revolucionarios critican todo, pero no se

quedan en la simple negación. No son pesimistas, por el contrario, luchan porque creen. Niegan porque esperan.

Los militantes revolucionarios a menudo aparecen como demasiado duros e inhumanos, pero esa dureza es sólo la expresión de una solidaridad mayor con la miseria humana.

El que siente en carne propia la suerte del vecino, del transeúnte callejero, del obrero en huelga, de la prostituta, de los millones de desconocidos que mueren día a día; el que es capaz de sentir algo aunque no sea mucho por esos hombres, sólo ese alcanza a captar algo de la esencia de la persona humana y puede llegar a saber lo que es el respeto a su dignidad; sólo ese puede llegar a ser un revolucionario. Ser revolucionario es solidarizar con los oprimidos, no aceptando ninguna justificación de esa opresión, y convertir esa solidaridad en una acción transformadora, en una lucha creadora; de lo contrario la solidaridad se transforma en lamentaciones por la suerte de los pobres.

Revolución e Ideología.

No somos revolucionarios porque seamos adictos a una determinada ideología, sino porque nos enfrentamos a hechos reales que nos exigen una posición de ruptura.

La revolución no surge como imperativo doctrinario, que se ilumina con la lectura de manuales o hurgando en las bibliotecas.

La revolución es vida nueva, y la ideología revolucionaria es una herramienta intelectual, necesaria para la divulgación y el despertar de la conciencia revolucionaria, pero no es todo. La institucionalización o conceptualización ideológica de la revolución nunca puede hacerse o completarse sino en la lucha misma, en la destrucción de lo

viejo y construcción de lo nuevo. En este sentido, la ideología sólo es una aproximación intelectual, necesaria para la acción, pero sujeta a cambios y a una revisión permanente. En otras palabras, no caben dogmatismos revolucionarios.

Por eso podemos señalar con certeza que el ataque sistemático a toda revisión ideológica, de que hacen gala los marxistas contemporáneos, responde a una actitud típicamente conservadora y no revolucionaria. En este sentido se puede decir que las revoluciones no son marxistas, cristianas, gandistas o budistas. Son procesos humanos, que superan todas estas separaciones y todas las clasificaciones abstractas. Son creación de formas nuevas de vida social, y en su dinámica transforman a las propias ideologías que les sirvieron en la lucha. Como dice el escritor español y católico Ignacio Fernández de Castro:

"Nuestras razones no son ideológicas. No somos revolucionarios que ha convencido una doctrina. Tampoco lo somos por razones de Justicia en términos absolutos. Nuestras razones no son razones abstractas sino hechos. Es importante que esto quede bien claro: no somos revolucionarios porque seamos cristianos, marxistas, falangistas o seguidores de Gandhi. Nada de esto, somos revolucionarios por razones vitales y objetivas, porque hemos nacido hombres en unas circunstancias determinadas, hemos abierto los ojos, hemos visto, hemos sentido, y hemos conocido lo que estorba a nuestro desarrollo, y nuestra vida se ha hecho revolucionaria, pues de otra forma no sería nada. Aunque Cristo no hubiera nacido, muerto y resucitado, aunque Marx no hubiese escrito sus obras, seríamos revolucionarios". ("La Demagogia de los Hechos", Ed. Ruedo Ibérico, Suiza, 1962, pág. 7).

La tendencia a la sistemati-

zación rígida de la ideología revolucionario es uno de los principales peligros para el desarrollo pleno del proceso transformador. La ideología es un instrumento revolucionario, más estrictamente habría que negarse a la aceptación de una ideología, si por tal se entiende la expresión intelectual de intereses particulares bajo una aparente universalidad. Lo que se requiere es una visión revolucionaria del mundo para actuar con dinamismo. Cuando esta visión se vuelve rígida, y se encierra en un sistema que no se revisa, que no integra siempre elementos nuevos, se puede caer fácilmente en el sectarismo y en nuevas alienaciones. Aquí se superpone el problema del poder, y la transformación de los dirigentes en una burocracia. La burocracia necesita de un dogma inalterable y sagrado, que pueda utilizarse para acallar toda crítica. La transformación de la visión revolucionaria en ideología cerrada, y de los dirigentes en burocracia, opera a menudo contra la voluntad de ellos mismos, sin que se alcancen a dar cuenta cabalmente de estos fenómenos.

Es interesante reseñar lo que dice Erich Fromm al respecto:

"Las ideologías son administradas por burocracias que fijan su significado. Estas desarrollan sistemas, deciden cuál es el pensamiento recto y cuál el erróneo, quién es el fiel y quién el herético; en una palabra, la manipulación de las ideologías se convierte en uno de los medios más importantes para el gobierno de las gentes a través del gobierno de sus pensamientos". ("Podrá sobrevivir el hombre", pág. 132).

EL PROBLEMA DE LOS MITOS

La historia humana siempre ha sido acompañada de ciertos elementos míticos. En especial

las revoluciones son procesos en los cuales las utopías juegan un gran papel. El hombre justamente porque es un ser que trasciende la temporalidad inmediata, constantemente imagina un orden perfecto, armónico, sin clases, sin alienaciones, en el que se superan las imperfecciones y limitaciones del tiempo presente. Las utopías son, en este sentido, una manifestación más de la condición dialéctica del espíritu humano: en ellas se expresa a la vez que un marcado realismo un idealismo que va más allá de una simple descripción de la situación del hombre. Son realizables e irrealizables al mismo tiempo. "El mito de la revolución, que constituye su fuerza motriz, es, ordinariamente, un mito racional. Está unido a la fe en el triunfo de la razón social, a la fe en una utopía racional. La fuerza motriz del mito racional es enorme". ... "La utopía social contiene siempre un elemento de engaño; pero, al mismo tiempo, el hombre en su destino histórico no puede pasarse sin utopías sociales, que constituyen una fuerza motriz. El mito revolucionario incluye siempre un inconsciente engaño, y al tiempo, sin mito revolucionario es imposible conseguir una revolución. Por esto existe en la historia una tragedia insuperable". (Berdiaeff: "Reino del Espíritu y Reino del César, Ed. Aguilar, 1935, págs. 192-193).

El juicio realista de Berdiaeff, que parecerá exagerado a algunos, es sin embargo válido para nuestro tiempo. Los que trabajan en movimientos políticos o sociales saben hasta qué grado la masa necesita de mitos para movilizarse. También saben hasta qué grado los dirigentes pueden manipular a las masas por medio de elementos míticos, para fines poco ideales.

Este factor de las revolucio-

nes indica que la exigencia de una revisión permanente de lo ideológico es fundamental para renovar el contenido y la dirección de la revolución.

Hay que distinguir por lo menos dos clases de mitos. Lo que señalábamos anteriormente, al decir que la utopía como imagen de un futuro armónico, perfecto, de unión, etc. Utopía que envuelve un elemento mítico, pues se sale de los marcos estrictos de la realidad. Esta utopía es legítima porque señala la meta ideal a la cual se encaminan nuestros esfuerzos. Es no sólo legítima sino necesaria porque el hombre sólo es capaz de entregarse plenamente a grandes tareas; como dice Berdiaeff, el mito es una fuerza motriz, aquella capaz de despertar o mantener ese heroísmo necesaria en una revolución. Pero junto a estas utopías existen también los mitos de tipo conservador. El mito que consiste en idealizar las realidades presentes. Aquellos que apelan al sentido de seguridad de la masa. Mitos que sirven de velo frente a las realidades y que tienden a evitar que la masa conozca y desee cambiar la realidad.

Hay dos mitos que afectan particularmente a los cristianos de nuestro tiempo, sobre los cuales conviene reflexionar. El mito reformista y el liberalismo.

REVOLUCION Y REFORMISMO

Revolución es cambio drástico, rápido y total de las estructuras de una sociedad. Es además un cambio en los actores. Los poderosos de la vieja sociedad son sustituidos por el pueblo oprimido, que pasa a ocupar un papel protagónico.

El reformismo sólo es un paliativo, que tiende a modificar lo viejo para hacer frente a las fuerzas revolucionarias incuba-

das en la vieja sociedad. El reformismo se traduce principalmente en mejorar las condiciones materiales de vida de la población marginada del bienestar, para acallar su protesta y así disminuir la presión social. El reformismo se caracteriza también por la ausencia de participación del pueblo en el poder.

A menudo se disfraza de tecnicismo. Para sus defensores, los problemas sociales son cuestiones de resolución técnica, de conocimiento adecuado, de comprensión y mutua buena voluntad. Esto es un mito, porque es una presentación falseada de la realidad. Olvida que la mayoría de los grandes problemas sociales son el producto o la expresión de las contradicciones profundas de nuestro sistema social (latinoamericano). La contradicción principal, aunque no la única, es la división de la sociedad en clases antagónicas. La primera actitud de buena voluntad consiste en reconocer estos hechos y no evadirlos.

El reformismo es por tanto una nueva alienación; un mito que encubre bajo un endiosamiento de la buena voluntad subjetiva individual, el problema real de las contradicciones de clase, y que conduce con su paternalismo a nuevas opresiones o simplemente impide superar las actuales. Si logra establecerse, ni supera los conflictos, ni logra un estado de mayor justicia, sino que atenúa las luchas haciendo más llevadera la vida de las masas, dándoles mayor bienestar. Se trata de evitar una lucha abierta, directa, que termine en destrucción de lo vigente y en creación revolucionaria.

Este aspecto de lo social ha sido reconocido por teólogos de prestigio como el P. Chenu: "La negación de la lucha de clases, que se derivaba como inmediata consecuencia, ponía en evidencia la ambigüedad que ence-

rraba. En la misma medida con que el fraterno amor evangélico repudia el odio, que consiste en el choque entre dos egoísmos y la no liberación del hombre, así la observación de los hechos, no menos que las exigencias de la justicia basada en el amor evangélico, impone contra el engaño de los filántropos y las tesis de la armonía liberal, la realidad de una dependencia de fuerzas entre el capital y el trabajo. Se trata pues de un antagonismo que no podrá resolverse por medio de unas virtudes morales, calmando la envidia de los unos y la pasión de lucro de los otros; será preciso una transformación de las estructuras económicas, puesto que no se trata de una querrela entre los ricos y los pobres, sino de antecedentes constitutivos de la organización económica y social". (M. D. Chenu: "Hacia una Teología del Trabajo", Ed. Estela, Barcelona, 1960, pág. 12).

REVOLUCION Y LIBERTAD

La revolución es presentada por algunos como un peligro contra la libertad humana. En contra de la libertad personal actualmente existente, para otros que ven las limitaciones de la libertad existente, como un peligro para la conquista de una mayor libertad.

Lo primero que conviene es precisar el significado de los términos. La palabra libertad tiene varios significados en el lenguaje corriente. Para algunos, libertad se identifica con individualismo. La libertad concebida como la pura arbitrariedad individual, conduce al hombre a limitarse, a encerrarse en los márgenes estrechos de su propio ego; en el plano social, conduce a un reconocimiento puramente formal, en los textos legales, que se traduce en la vida diaria en "muchas libertades" para los que triunfan en el

campo económico, y la carencia de libertades para la mayoría. La libertad así concebida, lleva al hombre a separarse del hombre, y a justificar en nombre de dicha libertad la explotación y alienación humana generalizada que se vive en los regímenes capitalistas.

Pero la libertad puede concebirse dinámicamente, como fuerza liberadora de las alienaciones e integradora de los hombres.

El primer elemento que se presenta en las revoluciones es la liberación del militante revolucionario; respecto de los lazos que lo unen y subordinan al régimen injusto que hay que destruir. Hay que liberarse de los mitos que dan base al régimen existente, y liberar a la masa de esos lazos.

En cuanto el proceso revolucionario pasa a su fase más constructiva, de creación de estructuras nuevas, la libertad comienza a realizarse también en una forma nueva. La libertad sólo se realiza si se une a otras libertades. La libertad personal se desarrolla y realiza en la integración con otras personas. La libertad se juega y logra plenamente en el amor y la creación; en la relación del hombre con la naturaleza, y del hombre con el hombre. Por eso sólo se puede hablar de libertad en cuanto el hombre se relaciona con el medio externo, naturaleza y personas. Y la revolución como proceso que tiene por objeto transformar estas relaciones, para lograr una mayor libertad de los hombres y una mayor solidaridad, sólo traicionándose puede conducir a una situación de menor libertad para todos los hombres.

La revolución es un proceso de personalización colectiva: despierta a la vida personal, adulta, plena y responsable, a una gran masa de individuos que vivían en un estado de alienación, sumisión y pasividad.

Libera del hambre, de la ignorancia, de la miseria. Pero libera también en un sentido más personal, subjetivo, al hacer de cada hombre un actor que influye y pesa en las decisiones colectivas, y que por lo tanto, realiza su libertad formal y realmente.

Este es un proceso humano, por lo cual implica una cierta ambigüedad, una contraposición dialéctica. La revolución es liberadora, pero aquellos que se oponen, están expuestos a perder sus libertades. La revolución va en busca de mayor justicia, verdad y libertad, pero no llega a estos valores en forma absoluta, porque está inmersa en la relatividad que condiciona nuestra existencia. La lucha humana, y más aún en las revoluciones, no es pura ni ideal.

REVOLUCION Y POLITICA PARTIDISTA

Un obstáculo ya señalado es el del sectarismo, que se traduce en carencia de participación de todo el pueblo en el proceso de cambio.

La revolución implica un cambio total en las estructuras y valores sociales. Principalmente se trata de lograr ciertas metas, pero lograrlas como una conquista o creación de un sujeto activo. La participación del pueblo como actor principal, es no sólo medio de obtener mayor eficacia, sino que es fin primordial, dado que en esta dimensión se juega la personalidad humana, que no es un simple medio. La revolución requiere de una concienciación de todo el pueblo; exige capacitación del pueblo para que asuma su rol. En este plano los medios no son neutrales respecto de los fines.

Los medios normales para ganar el poder político, no son igualmente útiles para obtener y crear un poder revolucionario. No basta la obtención for-

mal del Poder, sea en base a una mayoría electoral o a un golpe de estado. Sin participación consciente y decisiva del pueblo, el gobierno tendrá grandes limitaciones para realizar una revolución.

Es fundamental la participación de la base popular, de sus organizaciones; y si no está organizado el pueblo, esa debe ser la primera tarea de un gobierno revolucionario. Porque una revolución que implica cambio en los valores y estructuras de la sociedad, implica en cierto modo un hombre nuevo. El sujeto revolucionario es el primero que experimenta la transformación, subjetiva y objetiva, inherente al proceso de cambios.

En términos más concretos, si la obtención del poder es el fruto de la audacia, inteligencia y dinamismo de un pequeño grupo, éste está expuesto a perder ese poder, porque el pueblo no ha participado. Este fenómeno se da corrientemente en América Latina; muchos gobiernos de inspiración popular han sido derrocados por minorías bien organizadas, porque esos gobiernos no supieron o no alcanzaron a organizar al pueblo e integrarlo al Poder.

Cuando la lucha por el poder es de tipo electoral, el peligro es mayor. Los Partidos Políticos a menudo funcionan como superestructuras alejadas de la masa. Muchas veces se unen Partidos que no representan los mismos valores o grupos sociales, lo que confunde y resta entusiasmo a sus simpatizantes. Las luchas a menudo se dan en contra de otros candidatos, y no en función de un programa.

Cuando se trata de hacer una revolución, no se puede entrar en transacciones con los grupos o clases que defienden el statu quo. Las alianzas sólo pueden darse entre los que quieren cambiar el régimen, aunque estén inspirados por filosofías di-

ferentes. Pero no puede haber alianzas, ni siquiera so pretexto de tener una inspiración filosófica común, entre grupos y Partidos que representan intereses o clases antagónicas; tales alianzas sólo se podrán inspirar en el miedo a un enemigo, pero no tendrán una base constructiva, por eso se romperán fácilmente.

PARTICIPACION Y EDUCACION

Hemos insistido en que la participación del pueblo en el Poder es factor indispensable de una auténtica revolución. La participación como sujeto activo en el Poder, requiere un mínimo de educación, de adiestramiento, para que no se convierta en un nuevo formalismo.

Un país que experimenta una revolución, generalmente pierde la colaboración activa de un gran porcentaje de los sectores más cultos, o con más experiencia en el manejo de las instituciones. Los grupos dirigentes de las clases más acomodadas no participan, por regla general, en la construcción de nuevas estructuras, que tienden a suprimir sus privilegios. Incluso aunque se disponga de un buen contingente de militantes y dirigentes, éstos difícilmente podrán abarcar todas las funciones que hay que crear en un país revolucionado. Es necesario adiestrar y educar a grandes masas, y a cuadros dirigentes especializados.

Aquí se puede enfrentar un serio obstáculo. En este trabajo no nos hemos referido al problema de la situación en que se encuentra un país cuando triunfa la revolución; la situación puede ser de una crisis financiera, de falta de abastecimientos indispensables, de incapacidad productiva, etc.; todos esos obstáculos económicos, no son obstáculos propiamente al logro de la revolución en sí; sino más

bien son barreras de tipo económico que se superan con medidas económicas. Sin embargo, un aspecto de la situación, que es fundamental, es el de la educación. Con un ejemplo hipotético se aclara esta idea. Si el país que inicia un camino de transformaciones profundas no cuenta con Universidades suficientes, si el 90% de su población es analfabeta, y no tiene experiencia en cuanto a responsabilidades económicas y sociales. Si en general el pueblo no posee conocimientos mínimos, esto tiene implicancias directas en el proceso revolucionario.

La falta de elementos mínimos de educación hará difícil y lenta la participación activa de todo el pueblo. Esta participación será más bien de aceptación y obediencia a lo que digan los dirigentes. Esta ausencia de educación hará más costosa y riesgosa la participación en responsabilidades directivas en el campo económico; es decir, retardará la transformación de las empresas.

En definitiva, la participación del pueblo, al ser menos intensiva, aumenta la responsabilidad de los cuadros dirigentes, y por tanto aumenta el riesgo de burocratización del proceso de cambios.

Cuando hablamos de la necesidad de una educación masiva y rápida de todo el pueblo, no nos referimos solamente a un proceso técnico. Educación para la revolución exige de una capacitación crítica de los sujetos educados, para que puedan transformarse en militantes con personalidad, y no en burócratas o seres manejables desde arriba. La revolución no puede educar en la misma forma y con el mismo contenido que un régimen capitalista, basado en la explotación. Este último requiere hombres sin personalidad, como lo señala muy bien Erich Fromm: "El capitalismo moderno necesita hombres que

cooperen mansamente y en gran número; que quieran consumir cada vez más; y cuyos gustos estén estandarizados y puedan modificarse y anticiparse fácilmente. Necesita hombres que se sientan libres e independientes, no sometidos a ninguna autoridad, principio o conciencia moral —dispuestos, empero, a que los manejen, a hacer lo que se espera de ellos, a encajar sin dificultades en la maquinaria social—; a los que se pueda guiar sin recurrir a la fuerza, conducir sin líderes, impulsar sin finalidad alguna — excepto la de cumplir, apresurarse, funcionar, seguir adelante". (E. F.: "El Arte de Amar", Ed. Paidós, Argentina, 1964, págs. 103-104).

LOS INCENTIVOS REVOLUCIONARIOS

Hemos visto como la participación de la masa es un factor condicionante de toda revolución. Hemos dicho que la revolución es la canalización de energías que no tenían cauce adecuado en la vieja estructura. Hemos insistido en la revolución como proceso liberador y personalizante. Hemos visto el peligro del dogmatismo que amenaza el desarrollo de la revolución.

Ahora bien, ¿cuáles son o deben ser los incentivos para la acción revolucionaria de los dirigentes y de las masas?

Mientras la revolución se está gestando, es decir en su fase de negación, el problema no es tan difícil. La dinámica de la lucha de clases opera inflexiblemente. Las condiciones de miseria humana, material y espiritual, constituyen una presión lo suficientemente fuerte como para movilizar a grandes sectores a la causa de la revolución. La división del país en dos bandos: los que quieren mantener el statu quo con sus privilegios, y los que quieren destruirlo. En estas condiciones no es muy difícil

atraer nuevos militantes, y arrastrar a la masa a una lucha liberadora. Funciona el mecanismo que los psicólogos sociales llaman in-group y out-group; es decir el revolucionario tiene un marco de referencia positivo (su grupo), del cual recibe orientación y estímulo; y tiene un marco de referencia negativo (el grupo contrario), al cual se dirigen sus ataques.

Esta dinámica, para algunos materialistas, es la que en la realidad opera en términos generales. Pero ya en la lucha contra el régimen, los revolucionarios perciben claramente que lo imperativo es cambiar las condiciones estructurales de la miseria y de la alienación colectiva. Aquí surge una dinámica personalista que supera el simple antagonismo de clases. No se trata de negar la lucha de clases, sería torpe e irrealista. Pero la lucha de clases que en una etapa puede ser el motor principal, puede no serlo posteriormente.

Como lo señala claramente la obra de Calvez sobre Marx, la acumulación de capitales en la sociedad burguesa llevó al Capitalismo con su secuela de alienaciones, pero hay que preguntarse por las causas de esa acumulación primitiva de capitales. Aquí intervienen factores menos particularizados que la propiedad privada. Hay subyacente en el hombre una voluntad de poder, que empuja a unos a convertirse en explotadores y a otros a someterse. La revolución libera una energía inmensa de generosidad y solidaridad, que es el único antídoto contra esa tendencia.

Como decíamos, hay que integrar en la lucha revolucionaria otros valores que los relacionados con una concepción simplista de la lucha de clases (ajena al propio Marx); valores que permitan, una vez derrocadas las clases opresoras, construir una sociedad comunitaria,

fraternal; valores que constituyan incentivos suficientes para luchar, a pesar de que el enemigo externo ha sido derrotado.

Quizás algún marxista leerá estas palabras, y pensará que son preocupaciones pequeño-burguesas; porque todo debe reducirse a la lucha de clases y con eso basta. Sin embargo, la experiencia de los países socialistas muestra que a este problema todavía no le encuentran una solución definida. Veamos lo que dice el escritor socialista Adolfo Gilly sobre las tendencias dentro de la revolución cubana: "La tendencia que podemos definir como conservadora o de derecha dentro de los países socialistas, sostiene que solamente los estímulos materiales, es decir, un sistema de premios bien diferenciado y vecino al trabajo a destajo, puede hacer aumentar la producción". ... "La tendencia que, en cambio, puede ser definida como izquierdista, sostiene que los estímulos materiales, aunque haya que recurrir a ellos en ciertos casos, deben ser colocados totalmente en segundo plano, y que el principal estímulo para el trabajador en el régimen de transición al socialismo debe ser el entusiasmo revolucionario, la comprensión de que trabaja para construir el socialismo, el ejemplo y el estímulo de los trabajadores socialistas de vanguardia. Esta corriente sostiene que el estímulo material usado extensamente corrompe las bases de desarrollo del socialismo y reintroduce por la ventana la simiente del capitalismo, al mismo tiempo que subestima todo el valor del entusiasmo revolucionario de los trabajadores". (Monthly Review, N° 15, noviembre 1964, A. Gilly: "Dinero o Revolución").

LA DEMOCRACIA REVOLUCIONARIA

Un aspecto que ha sido muy discutido y que los partidarios

del statu quo utilizan a menudo, es el de la transformación de los dirigentes revolucionarios en una casta burocrática. Este peligro es muy real, y no reconocerlo es poco revolucionario, porque justamente es hacerse eco de los llamados a la seguridad. Toda revolución arriesga estancarse en una dictadura, aunque toda revolución es en sí un proceso de democratización.

Este problema es una forma de un problema generalizado de la sociedad contemporánea. El problema de la burocratización de toda la vida social, en especial en los países más industrializados, por el surgimiento de las grandes organizaciones. Este es un problema para el cual todavía no hay solución definitiva. En todo caso, debe ser claro para un buen revolucionario que esto no se resuelve con soluciones formales; no se resuelve el problema de la oligarquización de las estructuras mediante elecciones periódicas para elegir gobernantes. Las llamadas democracias representativas están afectas y a veces en forma más aguda, al problema de la no representación, de la dictadura por una pequeña minoría, etc.

Como lo plantea R. Michells: "La revolución socialista no cambiará la estructura de las

masas, triunfan los socialistas pero no el socialismo. Los elementos preponderantes del Movimiento se van separando de la masa y se transforman en una clase política" (Michells: "Los Partidos Políticos").

No compartimos en toda su extensión el juicio de este sociólogo, pero sus palabras señalan claramente el problema.

Para terminar diremos que, las condiciones de existencia de nuestro continente nos empujan a una vida revolucionaria. Que los riesgos de esta posición no deben detenernos, sino obligarnos a una actitud más exigente con nosotros mismos y nuestros camaradas de lucha. Que no debemos perder de vista que el objetivo primero y último de nuestra lucha es el hombre y no un sistema ideológico o institucional. Que la Revolución es un reencuentro con la verdad. Que nuestra dinámica no puede detenerse y agotarse en el poder sino a costa de traicionarse. Sabiendo que mientras mayores y más peligrosos son los riesgos de nuestra causa, tendremos siempre una ventaja sobre los conservadores, porque sólo las grandes montañas tienen a su lado grandes precipicios, y que sólo en ellas podemos elevarnos por encima de la superficie de las mediocridades.

(Continuación de la página 9)

recimiento de los grupos sociales, actualmente poderosos, como grupos, a través de mecanismos jurídicos y sociales, que impidan a estos grupos volver a organizarse. El que desaparezcan como grupos, no implica que sus miembros tengan que desaparecer, como personas; lo importante es que su manifestación en la vida política, social y económica se reduzca a lo que realmente son.

Por ello es esencial organizar un partido de la revolución que sepa encauzarla y responder a

las inquietudes y aspiraciones de los grandes grupos que no han logrado aún llegar al poder.

A través de estas ideas queremos insistir en la necesidad de crear instrumentos revolucionarios. Para ello proponemos algunas ideas generales sin concreción definitiva, pero no depende del trabajo de unos pocos, sino de la elaboración colectiva, teórica y práctica, de todos los forjadores de la revolución.